

EL POEMA DEL ÁGUILA

UN día, muchachos del lugar apresaron un águila; otros la retuvieron, la burlaron y aun la escupieron, y varios rapaces de bárbara inocencia le saltaron fieramente los ojos, le apagaron el sol...

El águila, ciega, con torpes movimientos, porque tropezaba con sus mismas alas, ya no interesó a los rústicos, los cuales se cansaron presto de su juego cruel, y la abandonaron en el egido para que los que quisieran la apedreasen.

¿Qué haría la malograda águila sin vista, sin aquellos ojos que afrontaron como dos ascuas la gran ascua solar...?

Ella, desde el picacho más alto, sobre las profundas fauces del abismo, lanzábase tensa como el arco, rápida y aguda como la flecha, sobre el plano de la llanura, registrando con la poderosa retina el movimiento mísero de los animales sujetos a la tierra. Proyectaba su fugitiva sombra sobre los collados y altozanos, sobre los grandes árboles como musgo, por la cordillera listada de ríos; se enseñoreaba por encima de la maleza salvaje de las nieves del Pirineo, sobre el alborotado golfo, perpendicular a las islas de ópalos, paralela al mar... Rebasaba las brumas, en indefinida elipse perfecta, con la fuerza centrífuga de su incansable audacia sin límites; seguía la línea irregular de las playas, como para abarcar el perfil del Océano... Bajo la mirada azul del día columbraba las flores estrelladas, gritaba de júbilo entre los saetazos de las lluvias oblicuas y bajaba a posar su vuelo, sin posarse ella, hasta cerca de los espesos bosques, estremecida por el son cambiante del aire y azuzada por el rumor mismo de sus alas.

Otras veces, ávida de una visión más radiosa, disparábase, con la velocidad de su deseo y pareja con él, desde lo más bajo hacia todo el hondo abismo derramado del aire... Navegaba sobre la ventisca vertiginosa, moviéndose con las salpicaduras del gran mar de arriba...; sentía chasquear en su pluma recia los grumos de nieve y los goterones de escarcha... Embriagábase en la tempestad, sublime fiesta, entre las ulminaciones de los relámpagos, el colosal redoble del trueno, la trepidación de la montaña y el jadeo ancho del ventarrón. Ella se cernía, única, imperial, en su alto dominio... Ella, enamorada del sol, como si quisiera incendiar su plumaje, planeaba los lar-

gos remos y se iba hacia ese Ojo del Gran Cílope, clavándole sus pequeños ojos rojizos...

Y ahora... la desventurada águila ciega se sentiría desorientada de sol, y ¿para qué volar, si ya, sin vista, no podía ir a la luz? Volar es ir hacia la luz, y un águila ciega es como si hubiese perdido las alas...

Pero, ¡ah!, que en cuanto la soltaron las garras de los hombres el ave reina concentró su vida en un supremo esfuerzo, en un coraje agónico, y voló, fascinada por la desesperación misma de sus ojos, buscando a tientas el perdido ámbito de fuego y amatista, rompiendo su cadena de tinieblas, este prometeo de las aves; buscando la luz, suprema Forma; desimantándose del contorno del mundo, forcejeando con la zarpa gigante de la gravedad... Huyó de su noche, de la Noche, que no es sino el reverso del planeta frío, que no está

caso en las alturas, sino que yace, hecha jirones, al pie de los montes, en las cerradas selvas, a la espalda del mundo... La noche no podía sujetar al águila, por más que la tuviera en los propios ojos, y precipitada en un caos más vasto, el águila voló hacia la altura superlativa...

Hubiéronle robado la luz, pero así, ciega, nuevos horizontes sin horizonte se le abrieron, y acabado ya todo horizonte, perdiéronse el tiempo y el espacio; ya no había ni altura ni profundidad, sino el equilibrio en el vértigo...; y avanzaba, sin voluntad, sin vida..., porque debía volar... y no le importaba vivir...; y allá iba, tan lejos, que se desprendía de su pesantez: viva o muerta, subía, pasando nuevos círculos, hasta el arco máximo, hasta... más allá de ella misma: llevada por una fuerza nueva, que no era ya su fuerza; porque quizá había perdido el poderoso aliento, pero no el volar... Ya no la alcanzaba el telonazo sordo del aire; allí helaba hasta la médula de su pluma la precipitación a la incalculable cima de los orbes, y aplanaba un amplio silencio de astros...

¿Caería el águila, caería, por fin, como una piedra...?

Caería hacia arriba: su ceguera rebasó el círculo sublime, y nuevos espacios se le revelaban... Ya no podía caer: tan lejos hubo dejado la Tierra... Ya sólo podía caer en el Sol...

JOSE BRUNO.

DEBUJO DE MARTINEZ DE LEON

